

A Biodiversidade como factor de Desenvolvimento Rural em áreas de grande importância ecológica

*Por Benigno Varillas
Coordinador de la Estrategia contra el veneno*

Se dice en España, con cada vez mayor insistencia, que la especie que primero va a desaparecer del campo no va a ser el lince ibérico sino el pastor y los campesinos de las zonas rurales marginales.

Qué alivio, dirán algunos, pensando en los habitantes del mundo rural que incendian montes; ponen veneno, lazos y cepos contra la fauna salvaje; cortan árboles centenarios o vierten residuos en riachuelos de montaña.

Sin embargo, en la torre de control se ha oído la frase: “Houston, tenemos un problema”. Y es que ese mismo ‘villano’ que mata hoy dos lobos, es el ‘héroe’ que alimenta siete mañana y que sobreviven gracias a él. Será de forma involuntaria o inconsciente, pero así es.

Los herbívoros, que controlan la vegetación –evitando los incendios forestales– y que, además, dan de comer a la fauna carnívora y carroñera –las especies protegidas de la sociedad postindustrial– son hoy fundamentalmente domésticos y tienen detrás de ellos a un pastor o ganadero. Los habitantes de las zonas rurales marginales tienen una media de edad que supera los sesenta años. Encima viven en la incertidumbre de si la reforma de la PAC y los nuevos acuerdos de la OMC van a quitarle las primas por cabezas de ganado, que es lo que les mantiene.

Ante este panorama, el futuro de 25 millones de hectáreas del suelo patrio ganadero según la tradición –forestal en opinión del cuerpo de ingenieros de Montes– es decir, la mitad de España, es sombrío, y con él el de 20 millones de ovejas, 4 millones de cabras y 3 millones de vacas que pastan de forma extensiva los montes españoles.

Si, por la extinción de los pastores, desaparece el ejército de herbívoros domésticos que desde hace 3.000 años fue sustituyendo a la fauna salvaje en la descomunal tarea de segar a diente el inmenso pastizal que es Iberia, este rincón del planeta de clima mediterráneo con influencia atlántica, podría contemplar algo nunca visto en la historia, ya no de la humanidad sino del planeta Tierra. Un vacío, no previsto ni soñado por la madre naturaleza.

Herbívoros contraincendios

La vegetación está programada en la Península ibérica para crecer con una gran carga de herbívoros encima y fuegos periódicos. Si éstos dos factores limitantes se quitan de golpe, árboles y arbustos crecerían por doquier. Allí donde de repente se quita la carga ganadera y se mete un ejército de bomberos, cada vez que se apaga un conato de incendio desde una avioneta no sólo se evita un incendio, sino que se incrementa en varias toneladas la masa combustible disponible para la campaña siguiente. Hasta que la pira es de tal magnitud que llega un momento en el que nadie es capaz de apagar la mínima chispa incendiaria.

Por clima, a la Península ibérica puede ser que no le corresponda ser un bosque cerrado, como nos han incluído los modelos nórdicos de naturaleza en estado puro, sino una dehesa o bosque abierto, tipo sabana africana, donde el potencial vegetal está transformado en carne.

Al frío que cubrió de hielo Europa hace 10.000 años, le sucedió el periodo cálido actual, que provocó una explosión de vegetación, que al llegar veranos cada vez más secos, ardería masivamente con el millar de rayos que sabemos originan incendios en el campo cada año.

Tras el fuego surge la hierba y con ella los herbívoros. Inmensos rebaños de bisontes, uros, ciervos, cabras monteses, rebecos, corzos, jabalíes, conejos, grullas, avutardas y animales comedores de granos y hierba, que controlaron la vegetación y modelaron las dehesas. Tras los herbívoros prosperaron los carnívoros y la rica fauna ibérica.

El hombre sustituyó a los herbívoros salvajes por los domésticos. Treinta millones de cabezas de ganado siegan ahora a diente los montes españoles. Pero el declive del mundo rural, el consiguiente abandono el campo, y las políticas de cultivos de pinos y eucaliptos, está creando un vacío que se rellena con una gigantesca masa vegetal combustible en los montes. El matorral crece ante la ausencia de herbívoros y rodea bosques que antes crecían en mosaico, protegidos por rocas o riachuelos, e inunda los pastizales de las dehesas. Cualquier chispa origina entonces incendios virulentos que acaban incluso con bosques antaño adaptados a sobrevivir en clima seco propicio al fuego.

Si nadie hace nada por impedir que desaparezcan los pastores y sus rebaños de herbívoros no sólo veremos en el futuro escenas dantescas de incendios forestales. Las especies amenazadas, casi todas ellas carnívoras o carroñeras, que tienen en los herbívoros, sean domésticos o salvajes, su fuente de alimentación, sufrirán una regresión que en muchos casos puede significar su extinción.

Esa es la cadena por la que si desaparece el que envenena a los lobos –porque depredan sobre sus rebaños– nos cargamos al que los produce. Gran paradoja que obliga a replantear la política conservacionista actual, programada para perseguir el delito, pero nada experimentada en promocionar esa parte oculta del ‘delincuente’ que favorece la vida salvaje.

No conocemos con precisión lo que en las jornadas de Culturas Campesinas & Biodiversidad de Pola de Somiedo, celebradas los pasados días 5 al 7 de abril se denominó “los códigos del manejo del territorio”, que permitirían establecer esos “contratos sociales” por los que el campesinado podría percibir lo que le corresponde por producir biodiversidad, que no paisaje que se dijo en Somiedo, ya que el paisaje es una consecuencia del tipo y densidad de fauna que lo habita.

Benigno Varillas, coordina una estrategia para que el mundo rural produzca biodiversidad. Fue periodista del diario El País (1976-1983) y TV-2 (1983-86). Fundó la revista Quercus y El Cárabo (1981-2006). Participó en la creación de Greenpeace; FAPAS; Phoracanta y el Fondo Patrimonio Natural Europeo, entre otras ONG's.